

El mandamiento olvidado: el séptimo día

«Acuérdate del día de reposo para santificarlo» · Todavía Existe Esperanza

«Acuérdate del día de reposo para santificarlo». Así comienza el cuarto mandamiento (Éxodo 20:8). Es el mandamiento más largo de los diez, y el único que comienza diciendo *acuérdate* — como si Dios supiera que, con el paso del tiempo, este sería precisamente el que más olvidaríamos. Este artículo recorre lo que la Escritura dice del séptimo día, y también lo que la historia registró sobre su cambio.

Acuérdate

El mandamiento es claro: «Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios» (Éxodo 20:8-11). Deuteronomio lo repite con una razón conmovedora: «Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá» (Deuteronomio 5:15). El reposo es libertad: nadie debe ser esclavo del trabajo, ni siquiera de sí mismo. El día de descanso nace unido a la liberación de un pueblo que había trabajado sin parar bajo el látigo.

El séptimo día en la creación

El sábado no nació en el Sinaí: nació al final de la primera semana de la historia. «Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó» (Génesis 2:2-3). Bendecir y santificar: en toda la creación, el séptimo día es lo único que Dios apartó para sí de este modo. El sábado existía cuando aún no había nación de Israel: es anterior a los pueblos, anterior a las religiones. El reposo no es una carga: es un

regalo de la creación para el ser humano — un día entero cada semana para detenerse, respirar, y recordar quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Yeshua y el reposo

Siglos después llegó Yeshua, y encontró el día de reposo sepultado bajo cientos de reglas humanas: los maestros de la ley habían convertido el día de descanso en un día de ansiedad. Yeshua corrigió esos abusos con firmeza, pero jamás abolió el mandamiento. Lo sanó y lo devolvió a su sentido original: «El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo» (Marcos 2:27). Y añadió algo que nos estremece: «El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo» (Marcos 2:28). Lucas cuenta que entrar en la sinagoga en sábado era su costumbre (Lucas 4:16). Yeshua guardó el séptimo día: quien dice seguirle tiene en él el ejemplo.

El cambio en la historia

Siglos después, el día de reposo cambió de día, y el cambio quedó escrito en los libros de historia. El 7 de marzo del año 321, el emperador Constantino mandó descansar en el «venerable día del sol». El edicto no mencionaba a Yeshua, ni la resurrección, ni las Escrituras: ordenaba el descanso en el día del sol, el antiguo día dedicado al sol. Era una ley civil del imperio, no una palabra de Dios.

Décadas más tarde, hacia el año 364, el Concilio de Laodicea fue más lejos: su canon 29 ordenó a los cristianos no descansar el sábado, sino trabajar en él, y honrar en su lugar el domingo. Lo que Dios había mandado quedó así desplazado por decreto humano.

Decimos esto con respeto, sin atacar a nadie: millones de hermanos guardan el domingo con sincera devoción, y Dios mira el corazón. Pero los hechos son los hechos: el cambio de día lo decidió la historia, no la Biblia.

El llamado a volver

Y la Biblia aún guarda una palabra de esperanza para el que vuelve al reposo: «Si retrajerés del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo; y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová... entonces te deleitarás en Jehová» (Isaías 58:13-14). El sábado no es una prohibición: es una delicia, una bendición prometida a quien lo guarda. Esta invitación no es una acusación: es un regreso a casa, a lo que está escrito. El mandamiento olvidado sigue en pie: *acuérdate*. Todavía es tiempo de volver a la Palabra.